

Ya lo he dicho; siguiendo el curso ordinario, la vida tiene su fin, y de la muerte nadie ha podido decir: ¡me he salvado! La muerte es el seguro puerto de refugio para los humanos que han navegado en el mar de la existencia; es el linde de la vida, y, en llegando la hora que marca los destinos, no hay quien resista á sus impulsos.

Lo que nace, perece: este es el principio fundamental sobre que descansan todos los seres contingentes.

¿Dejará de estar comprendido en la ley general el actual Presidente? Por más que lo queramos, por más amor que le tengamos, el señor Díaz tendrá que pasar á otra vida, donde todas las virtudes tienen su recompensa y el hombre puede descansar de las arduas fatigas tenidas en este mundo. Aquí se trabaja y lucha, allá se recibe el premio; y para esto, es indispensable el tránsito.

Infiérese de aquí que, no teniendo persona, por ahora, con las dotes de heredero, cual pasa en Europa con las monarquías, la nación está en el deber de buscar sucesor para la Presidencia. Tal vez por esto los científicos se han anticipado en sus trabajos, á fin de preparar las luchas electorales y tener seguro el éxito en favor del señor Limantour.

La prensa, ocupándose en algo provechoso—alguna vez había de hacerlo—constantemente ha estado hablando sobre el particular. En esta vez, los periódicos han tenido razón. Presente la importancia que entraña la cuestión para toda la república, la atención pública se ha preocupado lo bastante en ese sentido; pues nadie quisiera que, mañana ó pa-

sado, faltando el general Díaz, se desatara la tea incendiaria, fomentada por tantas ambiciones, enfrenadas hoy por los temores del seguro fracaso y de las iras vengadoras del hombre de hierro, quien, así como pudo imponerse por sus justos méritos, sabrá reducir todo elemento disolvente á cenizas, y esto, aunque anden los científicos en las combinaciones. Ya sabemos todos que, en aras de la paz, el general Díaz, héroe de ella, sacrifica todo lo que considera que á su desarrollo se opone.

Y hará bien; el pueblo lo secundará, pues los mexicanos no querrán perder ya los beneficios de una era pacífica y próspera.

IV

Por las razones expuestas, ahora que el general Díaz, perteneciendo en cuerpo y alma á la nación, está en el poder, conviene preparar de una manera resuelta los caminos para el sucesor.

Hoy por hoy, por más que se diga, sólo dos personajes aparecen ante la opinión como posibles candidatos para la Presidencia. Y como no es tan fácil que ambos ocupen el puesto á un mismo tiempo, hay que fijarse en uno solo.

No serían pocas las dificultades que se presentarán para el caso, si previamente no se hace un estudio detenido de la capacidad y simpatías populares que adornan á cada uno. Los científicos, desde la tribuna y las columnas de todos los periódicos, han hecho el panegírico de su santo devoto; para ellos, el señor don José Ives Limantour es el más idóneo.

La opinión pública encuentra defectos graves en el candidato científico, aunque sus amigos—entre ellos conservadores y clericales—afirmen lo contrario. El aserto de sus partidarios nada pesaría aquí, porque un padre jamás está en la posibilidad de reconocer los vicios de su hijo, ni el hijo los deslices de su padre. En ese espejo hay que ver á los científicos: ellos son los hijos políticos del señor licenciado Limantour; por consiguiente, incapaces de reconocer los defectos que, como gobernante, llevaría á la Presidencia.

Largamente deo discutida la personalidad del señor Limantour, como apta constitucionalmente para ocupar la Presidencia; por lo mismo, huelga insistir sobre el particular. El señor Limantour, aunque sea un Catón, no puede ser Presidente de la república, porque es extranjero.

Respecto del general Reyes, el país no ha podido emitir una opinión perfecta, porque la persecución de los científicos ha extorsionado un estudio sereno y detenido del gobernador de Nuevo León. Tal vez este personaje, dados los progresos que ha hecho en el Estado que gobierna, reúna dotes necesarias y bastantes para ser un buen Presidente. Los científicos, visto este antecedente, han redoblado sus esfuerzos para crearle una atmósfera adversa, pues temen que triunfe ante la opinión pública. Es por esto que ellos se han afanado en clubs, asambleas y academias: son los modernos fariseos que piden la muerte civil del general Reyes.

Desde que su nombre comenzó á figurar en la lista del pueblo, los científicos han pasado noches ente-

ras y eternas sin conciliar el sueño. Ya le achacan este delito, ya le levantan el otro falso; la cosa es que siempre pretenden apocar la gran figura del militar.

Todas las campañas de mala ley emprendidas por el Partido Científico en contra del gobernante de Nuevo León, han de ser infructuosas: ellos mismos se han suicidado. Si antes Reyes era odioso para el país entero, desde luego todos los mexicanos le han cobrado cariño y alta estimación, al verlo triunfar solo, sin defensores ni partidarios tribunicios.

V

Y como la lucha tiene que seguir, urge la presencia de un tercero en discordia. Digo que es indispensable la formación de un gran partido político, que alcance á todos los elementos nacionales, sin exceptuar ni uno solo. Para esto, el tercero que venga, tiene que adecuarse á las ideas de la mayoría, pensar como todos los mexicanos piensan. De lo contrario, difícilmente aparecerá un elemento vencedor, que se sobreponga á los ya existentes.

Naturalmente, el partido que con los elementos generales y unidos se forme, abrazará á todo lo sano y hará que todos los ciudadanos, de común acuerdo, elijan al gobernante que es capaz de dirigir los destinos nacionales.

Hasta hoy, muchos hombres de buena voluntad se han eximido de mezclarse en cuestiones políticas, sea porque no van de acuerdo con los partidos existentes, sea porque, sobreponiéndose los científicos

con su conducta subversiva, han hecho que lo que vale se retire del campo, guardando una expectación de examen minucioso.

El Partido Científico, con su aire de magisterio, pudo lastimar á las personas útiles; pues tal vez entre ellas se encuentra algún ciudadano adicto al reyismo, por circunstancias especiales. Pues — hay que decirlo — en el partido de Reyes se encuentran personajes de valer, que, enojados con el comportamiento de sus adversarios, están á la observación, resueltos á entrar en acción cuando las circunstancias lo pidan.

Sin embargo, los amigos del gobernador de Nuevo León son un elemento poderoso para un partido nacional, así como los adictos á don Joaquín Baranda.

Como el partido que se forme se ha de componer de las personas capaces y amantes del país, todos, en masa, gestionarán la continuación del general Díaz en el poder; reduciéndose á preparar el terreno, ilustrando al pueblo, en caso de que el caudillo del Dos de Abril renuncie el puesto, ó, por cualesquiera otras circunstancias, termine su misión. De ningún modo le conviene á la república, viviendo el actual Presidente, deshacerse de sus servicios; porque el pueblo se ha identificado con su gobernante probo, íntegro y hábil. La nación entera está obligada á conservar á quien supo darle paz y prosperidad, hasta recibir en sus brazos sus últimos suspiros, dando, con esto, un ejemplo de admirable justicia.

Siendo así, los porfiristas todos no tendrían inconveniente en adherirse al nuevo PARTIDO NACIONAL UNIONISTA, desde el momento que, en dulce consor-

cio, se procura trabajar por su candidato, y, en su falta, por quien haga feliz á la república, librándola de la ignominiosa opresión de clases y de la esclavitud de las guerras.

De manera que con los hombres sin compromiso, los partidarios del general Díaz y los reyistas, la formación del PARTIDO NACIONAL UNIONISTA es de seguro éxito; ni es difícil que, siendo el caudillo la armonía completa entre los mexicanos, él mismo los impulse en su noble tarea y señale á quien sea capaz de sucederle.

Parecerán descabellados estos trabajos á las personas poco previsoras, y aun atrevidas las afirmaciones; pero llegará el momento en que se vean obligadas á darme la razón y aplaudan mi plan.

Encarrilados los destinos del país, lo que ahora urge es fijarse en el sujeto útil y de espíritu continuador; puesta la base, es forzoso proseguir sobre ella, sin desviarse. Es cierto que la labor del nuevo Presidente no es tan difícil como la del que tuvo que poner los cimientos; si no se le elige de un modo acertado, y consultando á los que saben, puede fijarse la opinión en persona de mucha apariencia y poco fondo, implantando un gobierno de desventuras. Muchas veces, cuando el gobernante es débil, lo que él deje de hacer de malo, se encargarán de ello los que lo rodean. Esto mismo me induce á aconsejar mucha discreción y mucho tino en las gestiones político-electtorales.

No hay que desconfiar; que, guiados por una intención sana, todos los elementos nacionales pueden ser materia disponible.

Ha llegado el momento del trabajo unido, para cuyo efecto es necesaria é indispensable la voluntad colectiva. Todos los buenos mexicanos desean la paz, el progreso y la prosperidad, y no hay que dudar que pondrán su contingente poderoso para el engrandecimiento del país, porque la patria puede exigir hasta los mayores sacrificios de sus hijos, y éstos están siempre obligados á ofrecérselos.

No ha podido cambiar, á través de los tiempos, el soberbio apotegma, compendio de la aspiración humana: Dios, patria y libertad.

Si los buenos mexicanos, que en los campos del ardiente combate han probado su heroísmo y el amor á la patria, vienen en fraternal abrazo á continuar la esplendente obra del general Díaz, no hay que dudar: serán sublimes ante el mundo civilizado.

Comenzado el edificio, continuad su magnífica fábrica.



J. V. Villada